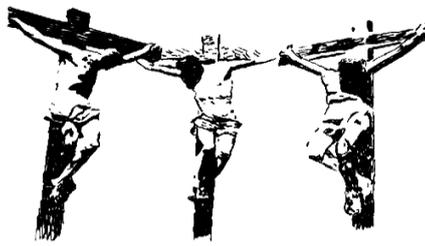




Cofradía de las Siete Palabras



Iglesia de Santiago Apóstol
Atrio de Santiago 2
47001 Valladolid



Rvdo. Sr. D. José Manuel Sánchez Caro,
Sacerdote de la Diócesis de Ávila
Valladolid, Viernes Santo de 2020

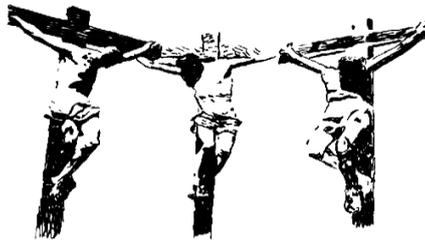
Del Evangelio según San Juan: Tomaron a Jesús y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado “de la Calavera” (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio Jesús. Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: “Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos” (Jn 19, 16-19).

Queridos hermanos y hermanas:

Con esta solemne sencillez el evangelista Juan describe el marco, a la vez trágico e imponente, en el que Jesús Nazareno, cumpliendo la voluntad de Dios, su Padre, entrega la vida por los hombres y mujeres todos del mundo de entonces, de hoy, de todos los tiempos. Y, mientras por nosotros entrega la vida, desde la cruz convertida en púlpito y cátedra, nos entrega sus últimas palabras, breve, escuetas, telegráficas, pero cargadas de sentido, llenas de significado, como dichas para el momento y la situación concreta que estamos viviendo, sumidos en la angustia y el miedo, en que casi por sorpresa la pandemia del coronavirus nos tiene a todos presos.

Del montecillo Calvario a las afueras de Jerusalén, lugar de ajusticiamiento de reos indeseables, deberíamos pasar ahora a la plaza mayor de Valladolid, con las autoridades en su lugar de preferencia, la gente interesada y curiosa en las sillas de ese salón urbano incomparable, el paso que representa “La séptima palabra”, portado solemnemente por la Cofradía de las Siete Palabras desde la cercana Iglesia de Santiago, presidiendo el tradicional sermón, mientras el nuevo predicador de este año se esfuerza en glosar pobremente las palabras potentes, llenas de significado de quien está muriendo en la cruz.

Pero hoy, Viernes Santo del año 2020, no hay procesión de cofrades, no hay paso de “La Séptima Palabra”, no hay autoridades civiles, militares ni religiosas, no hay cofradía, ni siquiera hay plaza mayor de Valladolid. Nos quedan solo las palabras, las siete palabras, las siete últimas palabras de quien es Palabra de Dios hecha carne, pronunciadas desde una terrible cruz, mientras se llega la muerte, como testamento de vida, para quien con los oídos del corazón quiera escucharlas. Y yo ahora ante vosotros, mis invisibles y cercanos oyentes, me



Iglesia de Santiago Apóstol
Atrio de Santiago 2
47001 Valladolid

Cofradía de las Siete Palabras

dispongo a glosarlas con miedo y temblor, con humildad y respeto, intentando que mi pobre palabra sirva sólo para resaltar las palabras tuyas que aquí nos han congregado, las siete palabras que de nuevo volvemos a escuchar atentos de labios de Jesús desde la cruz.

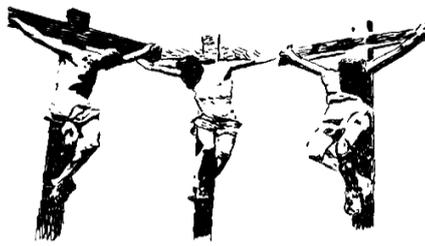
PRIMERA PALABRA

Del Evangelio según San Lucas: Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él. Y cuando llegaron al lugar llamado La Calavera, lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lc 23, 32-34).

La crucifixión de Jesús no tenía nada de especial y excepcional en aquel mundo de la Judea y Jerusalén del siglo I. Los romanos usaban de este suplicio, verdaderamente terrible, para aquellos reos condenados por crímenes especialmente graves y, sobre todo, para quienes se levantaban en rebeldía contra el orden romano. Nada de particular que con Jesús fuesen llevados al suplicio otros dos condenados. En el caso de Jesús la acusación de las autoridades judías es claramente religiosa y política: la gente le considera Mesías y él no lo niega, lo que en el lenguaje de la época era tanto como proclamarse rey de los judíos, es decir, independiente de la autoridad romana, enemigo del César. Y esto podía traer consecuencias graves, como dictaba la experiencia. Otros habían empezado así y terminaron en revueltas de orden público, en actos violentos y en condenas masivas. Probablemente pensaran las autoridades judías que, quitándolo de en medio, se evitaban todos esos problemas y, en último término, hacían un bien a su pueblo. Pilato, tras una rápida indagación, no llegó a dar crédito a la acusación. Pero temía una revuelta del pueblo, azuzado por sus autoridades religiosas. Y, al fin y al cabo, un judío más o menos, ¿qué era para un gobernador romano? Si condenarlo calmaba a la gente y evitaba alteraciones del orden público, todos salían ganando.

Cuando Jesús, desde la cruz, perdona a quienes le están crucificando, perdona, por supuesto, a los ejecutores del suplicio. Perdona a las autoridades romanas que lo ordenaron. Perdona a los responsables judíos que lo urdieron. Y no sólo suplica a su Padre Dios el perdón de todos ellos, sino que además con inmensa grandeza de ánimo los disculpa: no saben lo que hacen. Incluso piensan que han obrado bien, que han actuado en beneficio del pueblo. Aunque no se percatan realmente de lo que están haciendo, porque desconocen quién es verdaderamente el que está en la cruz.

Y uno mira hoy a nuestra gente peleando por la vida. Y oímos las críticas de lo que no se hace bien. Y escuchamos el grito de quien se siente ahogado en casa, sin salir ya desde hace tanto, y vemos con ojos admirados el esfuerzo de otros muchos por salvar vidas, por intentar hacer posible que se mantenga íntegro el hilo de la vida, y descubrimos a los que se aprovechan, siempre los hay, de la situación para su beneficio, y a los que se juegan la vida por el beneficio de los demás, y nos sale del alma las gracias más profundas a los que luchan y trabajan para la vida, y uno está tentado de enfadarse y condenar a los que, según nos parece, sólo sus intereses buscan. Pero ahora es el tiempo de la paciencia y del perdón. Resuena como en un susurro la palabra de Jesús en la cruz: perdónalos, no saben bien lo que hacen. Y entonces descubrimos la más exacta manera de traducir las palabras desde la cruz en palabras humanas de hoy: ánimo a los que trabajan por la vida; y perdona, Dios mío, a los que nos hacen daño, quizás pensando que es lo mejor para nosotros.



SEGUNDA PALABRA

Del Evangelio según San Lucas: Uno de los malhechores crucificado lo insultaba diciendo: ¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros. Pero el otro le increpaba: ¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada. Y decía: Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino. Jesús le respondió: En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso. (Lc 23, 39-43).

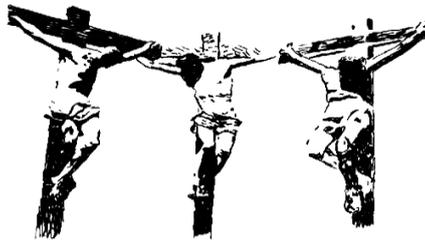
Ya lo había advertido el mismo Jesús en aquella memorable tertulia tras la última cena con sus discípulos: “Os digo que es necesario que se cumpla en mí lo que está escrito: Fue contado entre los malhechores” (Lc 22, 37). Era un recuerdo del gran profeta Isaías, cantando al Siervo del Señor, un personaje misterioso, que soportó sufrimientos por el pueblo de Israel, o quizás el mismo pueblo que ahora se concentraba en el mejor de sus hijos, clavado en la cruz... entre dos ladrones, como decimos en frase acuñada para siempre. No admiran los insultos e improperios dirigidos a Jesús por la poca gente que siempre se convoca a disfrutar de las desgracias ajenas, por los representantes de unas autoridades judías que ahora podían descansar más tranquilos, por los soldados para quienes aquello formaba la parte desagradable de su trabajo ordinario, por quienes eran crucificados con él.

Todo nos parece natural y comprensible. Un hecho, sin embargo, todavía a veinte siglos largos de distancia, nos asombra: uno de sus compañeros de infortunio descubre en el galileo algo singular, que le remueve el corazón. Siempre me pregunté que había sido: su proclama de perdón, el paciente soportar la inacabable ristra de brutalidades contra ellos ejercidas, el porte humano de aquel cuerpo sangriento y desgarrado por los azotes... Aquel malhechor ajusticiado saca de su pecho un grito de confianza última, sostenido por una fe inexplicable que le llena el corazón: Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino. Quizás le había oído predicar aquello del Reino que es como una semilla de mostaza, o como un poco de levadura, o como un padre que acoge al hijo díscolo, mientras tranquiliza y pide comprensión al de casa. La respuesta es también sorprendente: Hoy estarás conmigo en el paraíso.

¡Paraíso! Una bella palabra que inventaron los persas, para designar sus fincas particulares con flores y árboles frutales y sombra y el sonido del agua viva en la acequia, desafiando el entorno áspero y desértico del paisaje. Una bella palabra que forma parte de nuestros sueños y de los sueños que las agencias turísticas nos ofrecen en sus prospectos de propaganda. Una bella palabra, y esto es lo más importante, que nos recuerda los comienzos felices del hombre originario, de Adán y Eva, tal como lo cuenta el libro primero de la Biblia. Y de repente, aunque ninguno de cuantos allí estaban se percató de ello, la cruz de Cristo se transformaba en el árbol de la vida del paraíso, con permiso a todos concedido para saborear su fruto.

¡Cómo suenan de extrañas aquellas palabras en estos momentos! La pandemia ha convertido nuestros pueblos llenos de vida en caserones solitarios solo visitados por los pájaros. Nuestras ciudades, grandes y pequeñas, antes ruidosas llenas de vida, en muchas ocasiones día y noche, son ahora pura soledad edificada, con la única compañía del inquietante silencio, que nos sabe a desesperanza y nos anuncia muerte cada día. ¿Cómo interpretar hoy la promesa de Jesús al otro crucificado que con él se cruzó a la hora de la muerte? El árbol de la cruz es promesa de vida y paraíso a todos ofrecido. Pero no sólo al final de la vida y tras la muerte. El árbol de la cruz, transformado en árbol de vida, es invitación a todos para comenzar hoy a construir el paraíso futuro.

Todos, pero especialmente los cristianos, somos invitados a hacer visibles los rasgos específicos del reino de Dios que Jesús nos enseñó: el perdón, la reconciliación, la acogida generosa, la construcción de metas comunes a pesar de pensamientos divergentes, la construcción de una convivencia humana más honda y verdadera. ¿Cómo hacer visible una pizca de paraíso en nuestra humanidad asediada por el coronavirus? Tal es el desafío a que hoy nos llama Jesús desde la cruz, descubrir ya presentes algunas briznas del paraíso que ahora vemos tan lejos, y animarlas: los sanitarios luchando con ánimo contra el cansancio por la vida de sus pacientes, que son personas; las fuerzas del orden haciendo posible una convivencia pacífica en momento



difícil; el vecino más joven ayudando al mayor a hacer la compra y a tirar la basura; el panadero calentando el horno, el ganadero trayendo la leche del niño y el desayuno, el huertero trabajando frutas y hortalizas, el hombre del camión acercándome lo necesario mientras rumia sus pensamientos por carreteras solitarias... todos contribuimos en medio de la tragedia a hacer más cercano el paraíso. Y quiero escuchar desde la cruz de Cristo, ahora victoriosa, la misma promesa hecha al ladrón que confió en Jesús: hoy, en ese hoy que acoge la vida de la humanidad entera, estarás conmigo en el paraíso, que ahora comenzáis a construir.

TERCERA PALABRA

Del Evangelio según San Juan: Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo al que amaba, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego, dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa. (Jn 19, 25-27).

Al escuchar estas palabras de Jesús, nuestro entender ordinario y práctico nos conduce a aprobar cuanto, a nuestro parecer, él acaba de decir. ¿Qué hijo no confiaría en un trance semejante a su madre, ahora viuda y sola, a los cuidados del amigo fiel y cercano? Y, sin embargo, son palabras llenas de misterio y sugerencias. Lo primero que nos asombra es que María esté allí, cercana a la cruz, hasta el punto de poder escuchar las palabras de su Hijo. ¿No había advertido el Maestro a los discípulos, mientras caminaban silenciosos desde el cenáculo al huerto de Getsemaní: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas? Era, otra vez, el lenguaje de los profetas hecho presencia viva en Jesús. Fue quizás avistando en pleno torrente Cedrón el complejo sepulcral, que la gente tenía por tumba del profeta Zacarías, cuando Jesús recordó aquellas palabras severas del profeta, anunciando la venida del Señor como juez y liberador a la ciudad de Jerusalén (Zac 13, 7). Dispersos estaban y con miedo los valerosos discípulos del Maestro. Sin embargo, una madre tiene siempre valor inagotable, cuando se trata de estar cerca de su hijo que muere.

Y aún hay más. Nuestro entender práctico, ¿no hubiera exigido una palabra rápida de auxilio para la madre supuestamente débil? Lo lógico y natural, siempre a nuestro parecer lógico, digo, era un ruego y mandato al amigo, supuestamente fuerte: acoge a mi madre, cuidala. Y sin embargo todo es aquí diferente. Desde la cruz, con palabras ya perennes y para siempre eficaces, Jesús, el hombre por excelencia, poco antes mostrado sin saberlo a la humanidad por el práctico y escéptico gobernador y prefecto Pilato, se dirige a la mujer por excelencia. No la llama por su nombre; ni siquiera utiliza el dulce nombre de madre. Quien allí está al pie de la cruz es la mujer, como estuvo antaño según las viejas crónicas Eva junto al árbol de la vida: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Todo está aquí cambiado. La fuerte es María, la Mujer; quien necesita apoyo y regazo es el discípulo que la acompaña, representación ya para siempre de toda la comunidad cristiana, de la Iglesia entera. Y la que aparentemente necesitaba apoyo, se convierte ahora por la palabra de su Hijo en auxilio de los cristianos, refugio de los pecadores, madre de la Iglesia para siempre.

Y a mí se me venía al corazón esta escena de hace pocos días, justo el día de la Anunciación a María, cuando en soledad dramática acompañaba a la esposa y sus dos hijos a la puerta del cementerio, para dar tierra cristiana al marido y padre. Acababa de fallecer, víctima del corona virus, sin estrechar la mano cálida de la esposa, sin el beso último de los hijos. Y estaba allí, en ese féretro igual a todos los féretros, ocultando la cara amada, que ya sólo podía vislumbrar el corazón. ¡Cuántos mueren estos días sin la cercanía de los suyos! ¡Cuánto dolor de esposa, de hijos, de buenos amigos, cuando la muerte del marido, del padre, del amigo se convierte en una fría notificación y, en el mejor de los casos, en un responso piadoso y rápido a las puertas del cementerio, silencioso como nunca, mientras se camina a la tumba familiar! Dejemos que hoy resuene en nuestro pecho la palabra de Cristo en la cruz: Ahí tienes a tu madre. En momentos tan duros y difíciles ella, María, la Mujer, la Madre de la Iglesia es la caricia cariñosa y consoladora que Dios nos ha dejado.



CUARTA PALABRA

Del evangelio según San Mateo: Desde la hora sexta hasta la hora nona vinieron tinieblas sobre toda la tierra. A la hora nona, Jesús gritó con voz potente: Elí, Elí, lamá sabactaní. (Es decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?). Al oírlo algunos de los que estaban allí dijeron: Está llamando a Elías. Enseguida uno de ellos fue corriendo, cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber. Los demás decían: Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo. (Mt 27, 45-49).

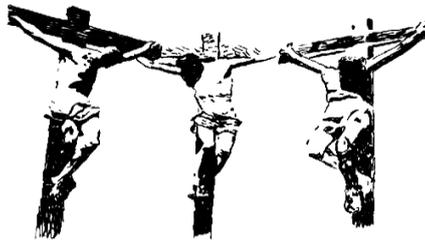
Pocas palabras de Jesús en la cruz tan dramáticas como esta desgarradora queja justo antes de expirar. Y pocas suenan tan realistas y tan crudas como ésta en el momento que nos toca vivir. Por eso, nada tiene de extraño que desde el principio se intentase explicar esta palabras con teologías complicadas: es el Jesús humano el que grita, mientras permanece sereno el Hijo de Dios; es Jesús asumiendo el grito de los hombres en general, pero sin que le afectase personalmente. Incluso algunos quisieron eliminar esta página del evangelio, página indigna de la gloria y serenidad de todo un Hijo de Dios, página que ningún filósofo estoico del tiempo se hubiera dignado firmar. Y, sin embargo, tiene esta página algo especial y notable. Contiene una de las pocas frases que los evangelistas han transcrito de una tradición que quiso conservar la palabra de Jesús en su misma lengua. El evangelista más antiguo, Marcos, nos la ha conservado en arameo, la lengua coloquial de Jesús. Escuchemos las palabras como él las pronunció: Eloí, Eloí, lemá sabactaní. Y uno siente particular emoción cuando en nuestros oídos del siglo XXI resuenan las mismas materiales palabras del Maestro, que nos traen la queja tan humana del hombre solo ante la muerte.

Porque la muerte es un asunto personal, en el que nadie verdaderamente nos puede acompañar. Todos y cada uno morimos solos, siempre, aunque estemos acompañados de quienes bien nos quieren. Pero morimos particularmente solos, cuando ni nacer nos dejan; morimos solos, cuando nos hacemos viejos y débiles y ya estorbamos, porque sólo damos trabajo, ocasionamos gastos, y somos una molestia en casa, en el hospital, en la residencia de ancianos, en la sociedad. Pero morimos más solos aún, cuando en una epidemia como la presente no podemos siquiera mirar la cara de quien fue parte de nuestra vida, ni sentir la mano cuyo calor conocemos tan bien, ni oír la palabra de ánimo del nieto que prolonga mi vida, ni escuchar el rezo del Padrenuestro tan querido, torpemente acompañado por última vez. Y uno está tentado a pedir prestada la queja de Jesús en la cruz: Elí, Elí, lammá sabactaní; Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Y sin embargo hay algo más en esta palabra de Jesús, tan amarga y angustiada. En realidad esa queja no es otra cosa que el comienzo de un salmo bíblico. Conocemos la vieja costumbre de los escritores judíos, continuada después hasta los tiempos del Renacimiento europeo, de indicar sólo el comienzo de una oración, un verso, una sentencia, dando a entender con ello el texto entero. Muy probablemente Jesús, que como buen rabí judío conocía los salmos de memoria, iba recitando trabajosamente las palabras del salmo 21, casi pura descripción de su pasión antes de los hechos:

Dios mío, de día te grito, y no respondes; de noche, y no me haces caso.
En ti confiaban nuestros padres ...
pero yo soy un gusano, no un hombre, | vergüenza de la gente, desprecio del pueblo;
...
Estoy como agua derramada, | tengo los huesos descoyuntados;
me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos...
se reparten mi ropa, | echan a suerte mi túnica.

Al llegar a este punto, el salmo cambia de rumbo, y la leve plegaria musitada del crucificado se transforma en susurro de esperanza:

Pero tú, Señor, no te quedes lejos; | fuerza mía, ven corriendo a ayudarme ...
Tú no has escondido tu rostro al pobre,
cuando pidió auxilio, lo escuchaste.



Y el grito primero de angustia se transforma en plegaria confiada, en certeza de la ayuda de Dios, que sigue siendo Padre de todos, que nos libra de una muerte sin sentido, que nos salva de las fauces del león de la desesperación, que no siente ni desprecio ni repugnancia hacia el enfrentado con la muerte, que jamás esconde su rostro al pobre aunque a veces nos lo parezca, que escucha siempre al que pide auxilio.

Y así, el Jesús ensangrentado, colgado de la cruz, comparte con nosotros la soledad de la muerte, y a la vez nos invita a compartir con él algo bellamente profundo y esperanzador: que la muerte, trance biológicamente inevitable y necesario, aunque ocasione el dolor de la ruptura, es también el primer paso hacia la vida nueva, hacia el encuentro con Dios Padre, donde, como dice este salmo en su último verso:

Me hará vivir para él, mi descendencia lo servirá.

QUINTA PALABRA

Del evangelio según San Juan: Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: Tengo sed. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. (Jn 19, 28-29).

La escena que ahora podemos recrear tras la palabra de Jesús está perfectamente documentada en textos antiguos. La sed de Jesús, como la de cualquier reo sujeto al brutal tratamiento al que le habían sometido a él, es perfectamente comprensible, natural y lógica. Sobre todo, después de haber aguantado el castigo de los látigos, la caminata con la cruz y la pérdida de sangre que conllevaba la crucifixión. Por otra parte, el soldado romano llevaba siempre consigo una bebida barata y muy útil. La llamaban posca, y era una mezcla de agua y vinagre o vino agrio, añadiéndole a veces algunas yerbas aromáticas.

Seguramente tenían también al pie de la cruz su cantarillo o cantimplora de barro con la inevitable posca. “Tengo sed”, dijo Jesús desde la cruz. Y un soldado, quién sabe si por compasión, metió una esponja hecha quizá de trapos en el cantarillo y le ofreció la bebida legionaria por excelencia, la posca.

Pero Juan transforma estos hechos ordinarios en profunda enseñanza del misterio de la crucifixión y muerte de Jesucristo. Jesús quiere cumplir la voluntad de su Padre hasta el final, hasta el último detalle de la Escritura. Y entonces recuerda un salmo tantas veces por él recitado, una de las más emotivas súplicas dirigidas a Dios por el hombre angustiado:

Dios mío, sálvame, que me llega el agua al cuello:
me estoy hundiendo en un cieno profundo y no puedo hacer pie ...
Estoy agotado de gritar, tengo ronca la garganta;
se me nublan los ojos de tanto aguardar a mi Dios.

...

Espero compasión, y no la hay;
En mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre
(Sal 69, Vg. 68).

Como dice un comentarista de este episodio, “el propio Jesús utiliza su sed, harto real y hasta atroz, para cumplir las Escrituras que predijeron este sufrimiento”. Nos damos cuenta ahora de que aquí se esconde también un profundo misterio. El maestro que promete a la samaritana un agua viva que arrastre el corazón hasta la vida eterna; quien le habla de un agua que quitará la sed para siempre (Jn 4); quien nos invita a dar un vaso de agua al sediento, porque es lo mismo que dárselo a él (Mt 10, 42; 25, 35); quien transformó seis tinajas de agua en valioso vino (Jn 2,7); quien a voz en grito anunciaba junto al templo de Jerusalén en un solemnísim



día de fiesta: El que tenga sed venga a mí y beba ... y de sus entrañas manarán ríos de agua viva” (Jn 7, 37-38), el mismo Jesús ahora, a punto de expirar, desde lo alto de la cruz, sólo dice: Tengo sed.

Y uno vuelve la mirada a nuestro pequeño mundo y a su dramática situación en este instante. Jesús se hace presente en la sed de todo hombre y mujer de la tierra, pero de modo especial en la sed del enfermo contagiado de coronavirus, que acompaña de tos y de asfixia, agravada aún más por la ansiedad de la suerte incierta, el miedo inevitable a la muerte, el desamparo y la impotencia en un entorno extraño, con la íntima sensación de que es un estorbo y molesta, y la pena profunda de no encontrar entre todos una cara conocida, una mano cercana y familiar. Y el que tiene sed en la cruz me parece que ahora susurra al sediento en la enfermedad una palabra de aliento y una promesa de vida: yo también tuve sed, y comparto la tuya; pero también prometí un agua viva que salta hacia la vida. Y en mutua cercanía mantengo la promesa.

SEXTA PALABRA

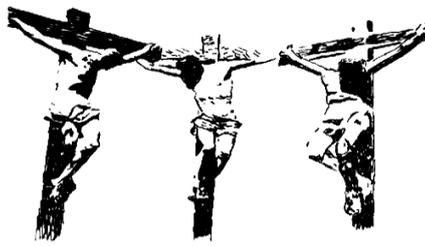
Del evangelio según San Juan: Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: Está cumplido. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu (Jn 19, 30).

La sobria descripción que hace el evangelista de la muerte de Jesús, en una primera mirada, nos muestra al testigo ocular directo, que describe la muerte del maestro querido con palabras que podrían servir para cualquier ser humano. Jesús prueba el vinagre, la bebida de los soldados, la posca, que el soldado le ofrece en una esponja empapada. Enseguida musita, “todo está cumplido, nada me queda por hacer”. Inclina luego la cabeza, gesto inequívoco de la muerte, y expira o, como decimos a veces, exhala su último aliento. Todo se ha terminado. Así lo pensaban aquellos soldados que hicieron obligadamente de verdugos. De ello estaban seguros quienes acompañaban al crucificado, María, el discípulo al que tanto quería, las mujeres que, más valerosas que los mismos discípulos, con él estuvieron hasta el final. De ello recibían seguramente notificación las autoridades romanas, es decir, el gobernador y juez Pilato, y las autoridades judías, esto es, quienes habían instigado el proceso. Todo se ha terminado.

Pero, a estas alturas, ya sabemos que el evangelista Juan es un escritor inteligente y profundo, a más de recibir la colaboración del Espíritu Santo. Y la sobria descripción se convierte en mensaje directo para el cristiano que lee y escucha sus palabras, abierto al mismo Espíritu que las hizo nacer. Jesús dijo: Está cumplido. Pero el evangelista Juan sabe que el mismo verbo griego original significa también: “Todo lo que me ordenó Dios mi Padre lo he cumplido a la perfección. Hijo de Dios como soy desde siempre, en el tiempo señalado he recibido de María la carne y soy plena y perfectamente hombre. He anunciado la buena noticia, el Evangelio del Reino de Dios, lo he confirmado con obras y palabras, he vivido entre los hombres haciendo el bien, les he descubierto que Dios es Padre de brazos abiertos, que espera siempre al hijo pródigo, que los criterios de Dios son algo diferente de aquellos que se usan entre los hombres, y que las palabras más serias no son placer, dinero y poder, sino entrega, misericordia y servicio. He cumplido en obediencia el proyecto de Dios mi Padre. He entregado mi vida a la muerte, para transformar todas las muertes en oportunidad de vida para siempre. Sí, todo está cumplido”. Y luego entregó el espíritu.

Es decir, nos dejó su espíritu, su estilo de vida, su modo de amar al otro, su preferencia por el pobre, el enfermo, el poco importante.

Así entendida, la palabra de Jesús, “Todo está cumplido”, deja de ser un resignado “Todo se acabó”, y se convierte en valoración nueva de la vida que nos traemos entre manos, fuente de esperanza y de ánimo para reemprender nuestras tareas. Me gustaría entregar hoy esta palabra al enfermo de coronavirus, quizá con el ánimo caído, para ayudarle a salir de un “todo está perdido” a un “voy a colaborar con ánimo”, para que la enfermedad y el encierro cobren nuevo sentido. Me gustaría ofrecérsela al médico, a la enfermera, al técnico de laboratorio, a los trabajadores de la limpieza y la cocina, al auxiliar y al vigilante, al taxista, al policía, al militar que colabora con su buen hacer a combatir la enfermedad; me gustaría ofrecérsela sobre todo al final



de su jornada, cuando se siente cansado, y a veces frustrado porque no ve el fin de la pandemia, y está tentado de rendirse ante un derrotista todo está perdido, nada efectivo podemos hacer ante la enfermedad y la muerte; se la ofrezco también al pequeño empresario que teme la ruina de todo su esfuerzo; y al trabajador que ve con pesimismo la amenaza del paro largo; en fin, me gustaría recordársela a todos desde los labios de Jesús con su significado más real: todo lo que yo podía y debía hacer, está hecho, todo lo necesario para conservar y animar la vida lo he hecho con mi leal saber y con el corazón, con la cabeza, con las manos, con los pies. Y quizá añadir después, mirando al crucificado, una leve súplica: ahora envía tu espíritu de vida.

Quisiera poner la palabra de Jesús desde la cruz en los labios del político, el coordinador de los necesarios medios, el dirigente que se siente casi agobiado ante las decisiones que ha de tomar, el responsable al que todos miran ... para que elimine de su mente la sensación del fracaso, del todo se acabó, cuanto puedo hacer es inútil. Quisiera que la pronunciase en el sentido positivo que le da Jesucristo en la cruz: todo lo que necesita el ciudadano, aunque con errores humanos, de los que se pide perdón, todo se ha hecho: previsión, organización social, medios materiales y personal necesario; dedicación sin medida; inteligencia puesta en ello, aunque no sea necesariamente la mía; todo lo necesario para el otro, para el ciudadano, sea quien sea, aunque no me agrade, aunque ni siquiera lo agradezca.

Sí, ciertamente es una breve palabra: “Está cumplido”. Pero dicha como la dice Jesucristo clavado en la cruz, dicha en medio de la lucha de cada día por la salud y la vida, es palabra que reconforta y nos comunica el espíritu de vida, el espíritu y la fuerza de seguir sin desmayo en la brecha.

SÉPTIMA PALABRA

Del Evangelio según San Lucas: Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu. Y dicho esto expiró (Lc 23, 44-46).

Esta última palabra de Jesús, como otras muchas, eran sencillamente plegaria popular de rabinos y maestros judíos y de mucha gente piadosa. Forman parte de un salmo bíblico bien conocido, que los rabinos recomendaban como oración de la tarde. Hoy también la Iglesia nos lo hace recitar en la oración litúrgica llamada “Completas”, cuando acabamos el día y nos retiramos a descansar:

A ti, Señor, me acojo: no quede yo nunca defraudado;
... A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás (Sal 31, Vg. 30).

Comenta un especialista: “Al atardecer el hombre se pone en manos de Dios; y también al atardecer de la vida, que es la muerte”. Jesús había recitado con frecuencia esta plegaria, como lo hace el monje hoy, o el sacerdote, o el cristiano a quien gusta desgranar los versos del salmo al concluir la jornada. Por eso, nada extraño que a Jesús en este momento decisivo le broten espontaneas unas palabras que le son familiares y pueden expresar mejor que las propias lo que siente un corazón como el suyo, que se está muriendo. Es el evangelista Lucas, especialmente sensible al sufrimiento humano, quien la ha elegido como última palabra de Jesús en la cruz ante la muerte. Y el pueblo cristiano, al poner orden a la colección de las siete últimas palabras del Maestro, quiso escoger, como colofón de la pasión y de la vida de Jesús, esta palabra con la que él se pone confiadamente en manos de Dios, su Padre, a la hora de cumplir plenamente la voluntad de quien le ha enviado a los hombres. A las manos de Dios confía su espíritu, su aliento último de vida. Y, a su vez, en las manos de Dios Padre entrega su Espíritu, el Espíritu Santo que da fuerza y vida, para que lo envíe a los suyos y prosigan la tarea del Maestro.



Es esta una palabra especialmente acogida por los cristianos de siempre, pero particularmente significativa para los cristianos de ahora, en esta circunstancia concreta. Somos herederos del Espíritu de Jesús, que es espíritu de fortaleza y de confianza. Y brota ahora la pregunta que interpela: ¿qué espíritu podemos entregar nosotros, los cristianos, en estos momentos en que todos nos sentimos agobiados por la pandemia del virus? ¿cómo infundir confianza en Dios, a la vez que ánimo para combatir la enfermedad? ¿cómo contagiar espíritu de vida, de fuerza, de aliento, de ánimo, de competencia... a todos, a cada uno en su circunstancia? Y nosotros mismos, ¿seremos capaces de entregar el espíritu de Jesús mediante nuestro trabajo y nuestra vida, poniéndolo todo confiadamente en las manos de Dios, nuestro Padre?

Aquí las preguntas son sugerencias de una tarea que la Iglesia no puede excusar porque tengamos los templos cerrados, y no podamos físicamente reunirnos a celebrar juntos los misterios salvadores de la Semana Santa. Es una invitación a todos los cristianos, para buscar formas y fórmulas de hacerse presente en su entorno, entregando amor, ofreciendo ayuda, generando confianza. Todo ello nos viene del Señor crucificado, es su última palabra, una palabra de confianza en Dios, que se hace más verdadera, cuando somos capaces de generar esperanza humana.

Del evangelio según San Lucas: Toda la muchedumbre que había concurrido a este espectáculo, al ver las cosas que habían ocurrido, se volvía dándose golpes de pecho. Todos sus conocidos y las mujeres que lo habían seguido desde Galilea se mantenían a distancia, viendo todo esto (Lc 23, 48-49).

Un espectáculo, dice el evangelista san Lucas. A eso quedó reducido para muchos el drama del Calvario, que cambiaría el mundo. Pero también estaban los que conocían y querían a Jesús. Miraban y contemplaban con ojos incrédulos y corazón dolorido cuanto acababa de ocurrir. Entre ellos andábamos ya nosotros. De ellos recibimos la noticia de la crucifixión de Jesús. Ellos recogieron para nosotros con cariño de amigo, casi de madre, y respeto de discípulos, los detalles del ajusticiamiento y la muerte del querido Maestro. Y sus palabras últimas, que después escribieron los evangelistas. Y ahora nosotros las contamos a los demás. También en estas circunstancias difíciles, cuando la pandemia nos impide proclamarlas en la plaza mayor de Valladolid. Ahora, como si estuviéramos allí, me toca a mí entregaros el tesoro inmenso de las siete últimas palabras de Jesús en la cruz. Permitidme subrayar esto último: en la cruz. Porque dentro de tres días, en la mañana del domingo de resurrección, el que es única y decisiva Palabra de Dios hecha carne nuestra, se nos va a hacer presente como vencedor de la muerte para siempre, sembrando en el corazón humano la semilla de la esperanza de vida sin término. Y esta sí es su definitiva palabra, su última, gozosa y esperanzadora palabra.

José Manuel Sánchez Caro
Valladolid, abril y viernes santo de 2020